

Desigualdad bajo la piel

Wilkinson y Pickett muestran cómo las sociedades más igualitarias mejoran el bienestar colectivo

Justo Barranto

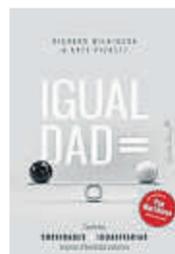
Hace más de una década, el año en el que acabaría estallando la Gran Recesión, el economista y epidemiólogo Richard Wilkinson y la antropóloga Kate Pickett publicaron un libro que se adelantó al gran debate que se impondría después: *Desigualdad: un análisis de la (in)felicidad colectiva*. Reunieron un arsenal de datos que mostraban que en los países ricos los efectos de la desigualdad, de las diferencias de renta, no afectan sólo a los más pobres, sino a todos los grupos sociales. Esto es, que un ciudadano de EE.UU. tendrá muchas más posibilidades de morir antes, de ser obeso o de acabar como recluso o víctima de un homicidio que un sueco o un japonés de su misma clase social. Más sorprendente: la tasa de enfermedades mentales es cinco veces mayor en los países ricos más desiguales que en los menos.

La vida comunitaria es más débil y las oportunidades para los niños menores en las sociedades con brechas económicas mayores. El epítome es EE.UU., que entre los países ricos presenta la mayor brecha de ingresos y que mantiene también el mayor índice de homicidios, de población reclusa, de enfermedad mental y de embarazo adolescente.

El problema fundamental, señalan los autores, es que la desigualdad se mete bajo la piel. Provoca estrés, causa ansiedad por las diferencias de estatus, menor autoestima, inseguridad, vergüenza. Afecta incluso al medio ambiente, porque incrementa la presión competitiva



ANDREW LICHTENSTEIN / GETTY



IGUALDAD
Richard Wilkinson
& Kate Pickett
Capitán Swing, 2019
400 pág. | Papel, 23 €

para consumir. “Vivir en una sociedad más desigual transforma nuestra manera de pensar, sentir y relacionarnos”, recuerdan Wilkinson y Pickett en su nuevo libro, *Igualdad*, que vuelve a incidir en los motivos que hacen a las sociedades más desiguales mucho más disfuncionales e identifica los cambios que mejorarían las relaciones, la salud y el bienestar de todos.

Los autores subrayan que una década después de su primer libro, tras toda la polarización y el sufrimiento que ha traído la crisis, los es-

tudios sobre desigualdad se han disparado y tenemos una visión mucho más clara de cómo afecta la desigualdad y de que sus niveles actuales no son ni inevitables ni irreversibles. La elección, remarcan, está entre expandir la dimensión jerárquica y vertical de nuestras sociedades o la igualitaria y horizontal. Entre incrementar las apariencias de superioridad e inferioridad o rebajarlas y mejorar la vida.

Hoy en las sociedades desarrolladas más igualitarias el ingreso del 20% más rico es entre tres veces y media y cuatro el del 20% más pobre. En los países más desiguales, casi el doble. Deberían, dicen, marcarse la meta de homologarse a los primeros. El cambio pasa, señalan, por luchar contra los paraísos fiscales para poder recaudar más y por reducir las diferencias salariales entre los directivos y los trabajadores de las empresas, cuya brecha se ha ensanchado enormemente por la cultura de los bonos y la falta de control social. Por eso, piden un marco que garantice la presencia de los trabajadores en los consejos de administración. Ampliar la democracia a la esfera económica para lograr una sociedad que viva mejor.

EE.UU. tiene el mayor índice de población reclusa del mundo rico

=====
La desigualdad provoca estrés, ansiedad por el estatus, menor autoestima, inseguridad

MIDE LO QUE IMPORTA

John Doerr

Conecta
Barcelona, 2019
318 pág. | Papel, 21,90 € | E-book, 9,99 €



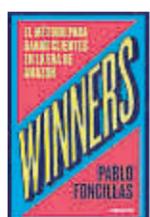
John Doerr invirtió a finales de los noventa 12 millones de dólares por el 12% de una *start-up* fundada por dos estudiantes que habían abandonado Stan-

ford. Google, que se marcó como objetivo organizar toda la información del mundo y hacer que fuera accesible de manera universal. Sólo les faltaba experiencia en la gestión, y Doerr les llevó una herramienta, el OKR, Objetivos y Resultados Clave, para establecer objetivos agresivos, realistas, medibles y verificables en empresas. Ahora Doerr explica en este libro el sistema OKR.

WINNERS

Pablo Fonchillas

Conecta
Barcelona, 2019
258 pág. | Papel, 18,90 € | E-book, 8,99 €



Sobrevivir en la era de Amazon no es fácil, barato ni se hace de un día para otro, afirma el autor, pero en contrapartida devuelve a las empresas a los orígenes de su actividad: volver a poner el foco en el cliente para entenderle y reconectar de modo más profundo, generando relaciones que desembarcarán en transacciones. Para lograrlo hay que redefinir la visión, los equipos y los roles de la compañía, rediseñar la integración de sus canales bajo una estrategia centrada en el cliente y reinventar las capacidades necesarias para el futuro.

EL MARKETING Y LA CUARTA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Elías M. Amor

ESIC. Madrid, 2019
150 pág. | Papel, 14 €



La cuarta revolución industrial, afirma el autor, no es una mera continuidad de la tercera o las anteriores. Supone el nacimiento de una etapa distinta para la humanidad. Por el ritmo de los cambios, su alcance y su impacto sobre los sistemas de producción, gestión y gobierno. Las técnicas empresariales de gestión y la estrategia se tienen que revisar en profundidad en un momento en el que los consumidores son los claros vencedores de este acelerado proceso de transformación social.

Ciò Patxot

Economista del BEAT
(Barcelona Economic
Analysis Team)

¿‘Quo vadis’, Estado del bienestar?



El Estado del bienestar es una gran consecución social del siglo XX que hoy se enfrenta a diferentes riesgos. El envejecimiento

de la población hace aumentar el número de receptores de prestaciones y reduce el número de pagadores de impuestos. Y la globalización hace difícil aumentar los impuestos, mientras competimos con países donde la protección del Estado del bienestar no está presente.

Quizás antes de exportar su modelo de bienestar, Europa tendría que repensarlo. Junto con otras investigadoras (G. Abio, E. Rentería, M. Solé y G. Souto) hemos encontrado algunas sorpresas construyendo datos sobre transferencias intergeneracionales. En el marco de un proyecto en que participan más de 50 países, imputamos las cuentas nacionales por edades con el fin de medir cómo se mueven los recursos entre grupos de edad. A partir de la diferencia entre consumo y renta laboral por edad, identificamos las edades en que hay superávit (trabajadores) o déficit (niños y abuelos) y medimos qué parte se transfiere vía transferencias familiares o privadas, transferencias del Estado, y/o recurriendo al mercado de capitales (renta de los activos y/o ahorro). Los resultados indican que en España los abuelos financian más del 60% del consumo con transferencias públicas, mientras que en el caso de los niños esta cifra no llega al 40%. Este desequilibrio se agrava si se añade el coste de los niños en términos de tiempo, que recae mayoritariamente sobre los padres. Los resultados de España eran de esperar, por el déficit histórico en políticas familiares. Pero al comparar los resultados con otros países se ve que es una tendencia general. Ninguno de los países analizados, ni los nórdicos, llega a financiar el 50% del coste de los niños, mientras que en el caso de los abuelos casi

Tendencia
Ni siquiera los nórdicos llegan a financiar el 50% del coste de los niños; en el caso de los abuelos casi todos están por encima

todos están muy por encima. Es decir, a medida que el Estado del bienestar crece, tiende a sesgarse hacia las personas mayores.

De hecho, el Estado del bienestar es ahora un sustituto de las transferencias familiares entre generaciones. Si bien empezó como un mero instrumento de distribución de renta de ricos a pobres, ha ido alcanzando otras funciones, como la provisión de bienes básicos (salud, educación, vivienda, etcétera) incluido el renombre *sustitución de rentas* (paro, pensiones), que viene a ser un seguro. Y los resultados mencionados muestran que lo han hecho de forma sesgada hacia las personas mayores.

Los motivos de este desequilibrio son todavía desconocidos. La explicación obvia de la economía política es que los niños no votan. Las consecuencias merecen atención. Por una parte, probablemente esta tendencia no ayuda a la recuperación de la fecundidad, todavía por debajo de la deseada; ni a reducir la pobreza infantil –durante la crisis la pobreza infantil subió según el Eurostat, mientras que la de los mayores se redujo. Por otra parte, se produce una nueva fuente de desigualdad, ya que las familias con hijos subvencionan a las que no tienen, ya que reciben las mismas prestaciones al envejecer, mientras que colaboran a crear el futuro capital humano que sustentará las prestaciones de todos. |